

# Por un programa transatlántico más progresista, es decir, realista

Jean-Paul Marthoz  
Columnista de asuntos internacionales en *Le Soir*  
Profesor de Periodismo Global en la *Université catholique de Louvain*  
Presidente del Instituto Europeo de Estudios sobre Paz y Seguridad (GRIP)

Los ocho años de la administración Bush han sido una época oscura para las relaciones entre Estados Unidos y Europa, pues han agudizado la percepción de la opinión pública —sobre todo en Europa— de un creciente distanciamiento entre los dos continentes, derivado más de diferencias fundamentales en sus respectivas visiones sobre la sociedad y la política que de la divergencia de sus intereses económicos o de seguridad.

En un artículo publicado recientemente en *Foreign Affairs*, James Rubin, ex subsecretario de Estado de Bill Clinton, habla de «una brecha creciente de valores entre estadounidenses y europeos [...] resultado sobre todo de la declaración de independencia de Washington frente a las limitaciones de la diplomacia multilateral y de su ataque contra una serie de regímenes de tratados internacionales, tanto pendientes como existentes.»<sup>1</sup> Además, la perspectiva de una victoria republicana en noviembre amenaza con empeorar la situación, pues parte del repentino auge del «Gran Viejo Partido» en las encuestas se atribuirá inevitablemente a la candidatura de Sarah Palin y, por tanto, a la popularidad de sus posturas ultraconservadoras entre una parte significativa del electorado estadounidense. «El veredicto del mundo será duro si Estados Unidos rechaza al hombre (Obama) a quien añora»,<sup>2</sup> advierte Jonathan Freedland en *The Guardian*.

El enfrentamiento sobre la guerra de Irak entre la administración Bush y ciertos países europeos ha aumentado la convicción de que Washington no tiene escrúpulos en avivar las divisiones y tensiones entre los miembros de la UE. Pese a que las tensiones entre Washington y la «Vieja Europa» se han mitigado en los últimos dos años, algunos observadores tienen aún el convencimiento de que Estados Unidos está siguiendo un plan estratégico para debilitar el proyecto europeo.

Hace algunos años, muchos progresistas europeos se habrían regocijado ante la perspectiva de aflojar los lazos con el «Imperio» y de dismantelar la relación especial que había sido el sello distintivo de la Guerra Fría. Ahora ya no están tan seguros de los beneficios de un creciente divorcio entre la UE y Estados Unidos. En realidad, el empeoramiento del panorama internacional y la crisis institucional europea han llevado a algunos a hacer hincapié en la necesidad urgente de reforzar y renovar la cooperación entre dos de los centros de poder más importantes del mundo a fin de ofrecer un marco para un programa mundial más progresista. Este enfoque ha sido reforzado por la perspectiva de cambio que representa Barack Obama.

---

<sup>1</sup> James Rubin, "Building a New Atlantic Alliance. Restoring America's Partnership with Europe", *Foreign Affairs*, julio/agosto de 2008.

<sup>2</sup> 12 de septiembre de 2008.

Las amenazas que afronta la próxima administración estadounidense son abrumadoras. «El día en el que el próximo presidente tome posesión de su cargo, heredará un conjunto de problemas internacionales más difíciles de enfrentar que ninguno de sus antecesores haya recibido desde por lo menos el final de la II Guerra Mundial», escribe Richard Holbrooke, ex embajador de Estados Unidos ante la ONU durante la presidencia de Clinton y experto en política exterior. «En estas circunstancias, su desafío básico será ni más ni menos que volver a generar un sentimiento de objetivos y fuerza nacionales, después de un periodo de deriva, declive y errores catastróficos.»<sup>3</sup>

Aunque desde el punto de vista militar Estados Unidos sigue siendo el país más poderoso del mundo, está lejos de ser la «hiperpotencia» de la que hablaba el ex ministro de Asuntos Exteriores francés Hubert Védrine en la década de 1990. El mapa geopolítico está siendo revisado por una acumulación de factores nuevos: la aparición en la escena mundial de China, el ascenso económico de la India, la política exterior asertiva de Rusia, el desplazamiento hacia la izquierda de muchos países latinoamericanos, la supremacía económica de los Estados del Golfo Pérsico, y el desarrollo de nuevas coaliciones que tienden a reordenar el mundo en torno a la multipolaridad y a una redistribución del poder económico y diplomático, como el emergente grupo IBSA (India, Brasil y Sudáfrica). Estados Unidos ha derrochado su poder militar y ha desperdiciado su reputación internacional con su infeliz invasión de Irak y sus transgresiones del derecho internacional y los de derechos humanos.

Este «conjunto de problemas internacionales» se ha visto agravado con una gestión de la economía sumamente irresponsable: la ausencia de regulación del sector financiero junto con el fuerte aumento de la desigualdad social ha producido una situación que invoca el fantasma de una crisis económica similar a la de la Gran Depresión. Si esta terrible posibilidad se hace realidad, el mundo culpará a Estados Unidos.

## La limitada esperanza europea

La respuesta de Europa a la catástrofe que se avecina ha sido en gran medida insuficiente. En el frente económico, a pesar de su legítimo orgullo por haber creado una zona euro, no ha sido capaz de vigilar los mercados financieros mundiales ni de obligar a su propio sector bancario a controlarse. La frontera que separaba la zona euro de las locuras de Wall Street se ha venido abajo.

Además, el malestar trasatlántico no ha desembocado en el desarrollo de una política exterior y de seguridad de la UE del nivel que exigen las nuevas amenazas emergentes. Hay una línea que separa diferentes grupos de países de la UE, sobre todo a la «Europa más vieja» (Francia, Alemania, Bélgica...) de los nuevos Estados miembros. La integración de los países antiguamente comunistas, de un modo que muchos funcionarios de la UE consideran ahora «un poco demasiado precipitado», ha aumentado el poder del grupo de Estados miembros hostiles a la profundización de la integración europea y a la consolidación de su dimensión supranacional.

---

<sup>3</sup> Richard Holbrooke, "The Next President. Mastering a Daunting Agenda", *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2008.

Como han mostrado los referendos de Francia, los Países Bajos e Irlanda, la Unión Europea está perdiendo su capacidad de inspirar a sus ciudadanos, hasta el punto que actualmente se la ve, en primer lugar y sobre todo, como una máquina burocrática «al servicio de la globalización neoliberal». La derrota del «sí» en estos referendos no es atribuible fundamentalmente a las deficientes políticas de comunicación de la UE o a la demagogia de los líderes del «no»; por el contrario, es consecuencia de una cuestión ontológica que afecta al propio corazón del proyecto europeo.

Los progresistas europeos han estado divididos tradicionalmente respecto del proceso de la integración europea. Los grupos más radicales tienden a verlo como un instrumento del creciente dominio capitalista. A principios de la década de 1970, el ex parlamentario socialista francés Michel Rocard -cuando era líder del PSU (Partido Socialista Unificado), un pequeño grupo «a la izquierda de la izquierda»- escribió un famoso artículo titulado «El Mercado Común contra Europa». Por otra parte, la mayoría de los socialdemócratas, sobre todo en Alemania, Francia y los países del Benelux, habían asumido que la creación de la comunidad europea reforzaría el «modelo social europeo» y sería un medio para ofrecer una alternativa válida y «razonablemente progresista» a los juegos de las superpotencias soviética y estadounidense en la escena mundial.

Esta percepción era compartida por muchas organizaciones no gubernamentales, sobre todo por las que trabajaban en el ámbito del desarrollo, el medio ambiente o los derechos humanos. En su desesperación por el desplazamiento a la derecha en Estados Unidos y el retorno a una política de enfrentamiento tras la revolución conservadora de Ronald Reagan, cifraron sus esperanzas en la Unión Europea. Atraídos por el discurso europeo sobre el desarrollo sostenible, la cooperación Norte-Sur y la diplomacia de derechos humanos, abrieron oficinas en Bruselas para recabar apoyos en las diversas instituciones de la UE.

Pero hace mucho tiempo que esta luna de miel terminó. La decepción de los progresistas por la «diferencia de la UE», por la voluntad y la capacidad de la UE para proponer otro modelo para sus ciudadanos y para el mundo, está ahora sólidamente anclada en la mente de numerosas personas. Los ecologistas se quejan de que el discurso de la Unión Europea sobre el Protocolo de Kioto se contradice con las políticas de la Unión sobre cultivos genéticamente modificados o los biocombustibles. Las ONG que trabajan en el ámbito del desarrollo subrayan que la afirmación de la UE de ser el donante internacional más generoso no concuerda en absoluto con la hostilidad que sienten muchos países africanos hacia los acuerdos de Asociación Especial o la Política Agrícola Común. Los grupos de derechos humanos son cada vez más escépticos acerca de la voluntad de la UE de respetar su propio compromiso de hacer de los derechos humanos «un elemento esencial» en sus relaciones exteriores. Los elevados supuestos de la Política de Seguridad y Exterior Común son debilitados por su impotencia a la hora de afrontar cuestiones internacionales clave, como la enconada crisis israelí-palestina o Darfur. En un informe reciente sobre la diplomacia europea en la ONU, Richard Gowan y Franziska Brantner documentan la «reticencia de la UE a la hora de usar su influencia» para defender sus valores proclamados. «Si Europa ya no puede obtener apoyo en la ONU para la acción internacional en derechos humanos —afirman los autores—, habrá sido derrotada en una de sus convicciones más profundas sobre política internacional.»<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Richard Gowan & Franziska Brantner, "A Global Force for Human Rights? An Audit of European Power at the UN", European Council on Foreign Relations.

## La Nueva Frontera

Este malestar europeo explica en gran medida las expectativas suscitadas por las actuales elecciones presidenciales en Estados Unidos. Barack Obama nunca habría tenido tantos seguidores en Europa si los propios europeos hubieran estado contentos con sus propios líderes. Obama tiene atractivo obviamente porque es joven, elegante, cosmopolita y el primer afroamericano que se presenta a la presidencia. Sin embargo, el apoyo que obtiene en Europa es fundamentalmente una embarazosa crítica de la falta de liderazgo y «falta de esperanza» en Europa. Bruselas debería interpretar cualquier sugerencia dirigida al próximo presidente de Estados Unidos como una petición a la Unión Europea para que lime asperezas y sepa asumir un papel mundial que realmente contribuya a abordar los desafíos más urgentes. Desde la aparición de Barack Obama, parece que la Nueva Frontera de los europeos se ha trasladado a Estados Unidos.

En este contexto, ¿qué deberíamos esperar del próximo presidente de Estados Unidos? Lo que hace falta es un regreso a la decencia y a la razón. Estados Unidos se ha creado bajo el supuesto de que es un país inspirado por las libertades individuales y el Estado de derecho, pero la administración Bush hizo irreconocible esa afirmación.

Por tanto, la medida más inmediata que debería adoptar el próximo presidente de Estados Unidos es restablecer el respeto de Estados Unidos por el derecho internacional humanitario y de derechos humanos. Como han prometido los dos candidatos presidenciales, se debería cerrar Guantánamo, las «técnicas de interrogatorio mejoradas» deberían definirse claramente como tortura y prohibirse, y se deberían revisar las reglas de combate del Ejército estadounidense para evitar víctimas civiles. También se debería implementar un plan serio para traer de vuelta a las tropas de Irak sin entregar el país a fuerzas caóticas y brutales.

Estas medidas son tan importantes para Europa como para Estados Unidos. De hecho, el «excepcionalismo» de la administración Bush, es decir, su desconsideración hacia los convenios internacionales, ha infligido un terrible golpe a la ambición del conjunto de Occidente de promover el Estado de derecho y la democracia. Ha proporcionado un argumento fácil a los regímenes autoritarios que califican la retórica de la libertad de Occidente como un mero instrumento hábil de Realpolitik para criticar a los enemigos y proteger a los aliados. También ha empañado otras democracias, convirtiendo a los aliados europeos en cómplices de violaciones del derecho internacional, como se documenta en los numerosos informes sobre «vuelos de la CIA» y entregas extraordinarias.

Aquí es donde la necesidad de decencia coincide con el imperativo de poner fin y revertir lo que el ex vicepresidente Al Gore bien calificó de «ataque contra la razón» de la administración Bush. La estrategia antiterrorista seguida por la administración Bush ha hecho que Estados Unidos y el resto del mundo, como escriben David Cole y Jules Lobel, sean «menos libres», pero también «menos seguros».<sup>5</sup> El retorno de Estados Unidos a una política respetuosa del derecho internacional es un requisito si quiere abordar de forma racional y eficaz las cuestiones de seguridad más urgentes y conservar la vigencia de su reivindicación del liderazgo mundial. «Restaurar el respeto a los valores y el liderazgo estadounidense es esencial —escribe Richard Holbrooke—, no porque sea agradable ser popular, sino porque el respeto es una condición previa para un liderazgo legítimo y una influencia duradera.»<sup>6</sup>

<sup>5</sup> David Cole & Jules Lobel, *Less Safe, Less Free. Why America is Losing the War on Terror*, The New Press, Nueva York, 2007.

<sup>6</sup> Richard Holbrooke, "The Next President. Mastering a Daunting Agenda", *Foreign Affairs*, septiembre/octubre de 2008.

## Libertad o nada...

La mejora de la relación entre Estados Unidos y Europa no tiene sentido si significa la adopción conjunta de políticas que harían que el mundo fuese «menos seguro y menos libre», pues esta convergencia sellaría la derrota —o al menos aceleraría la desaparición— del modelo europeo. Esa es la razón por la que es esencial para Europa que una administración y un Congreso demócratas sustituyan al Partido Republicano. En los últimos 30 años, la ascensión de un Partido Republicano cada vez más conservador ha encontrado socios serviciales en Europa. Los primeros años de Bush, hasta que se declaró la guerra de Irak como «misión no cumplida», coincidieron con la ascensión del neoconservadurismo en algunos círculos políticos e intelectuales europeos. Durante la administración Reagan fue aún peor: extremistas de Europa y Estados Unidos se unieron al amparo de organizaciones antidemocráticas como la Liga Mundial Anticomunista para apoyar a «luchadores por la libertad» como los contras de Nicaragua o respaldar a regímenes militares latinoamericanos. Ambos grupos eran profundamente antieuropeos: los neoconservadores porque consideraban que la «Vieja Europa» era un continente «inspirado por Venus», según la famosa frase de Robert Kagan. En otras palabras, un continente dispuesto a «aplacar» a sus enemigos en la inminente «IV Guerra Mundial contra el islamofascismo» (por citar el ensayo de Norman Podhoretz). El segundo grupo, la derecha radical, porque era oscuramente antidemócrata y, por tanto, la antítesis de la visión europea.

Entonces, para reafirmar el proyecto europeo, habría que arrebatarse a los círculos más tradicionalistas o conservadores la capacidad para definir el tono y la dirección de la relación trasatlántica, que deberían asumir los grupos más progresistas y liberales a ambos lados del Océano.

Paralelamente a las reuniones oficiales en las que se reúnen regularmente líderes de todas las tribus aprobadas por la clase dirigente, desde los liberales de limusina hasta los conservadores de Studebaker, se deberían promover con decisión intercambios más «partidarios», es decir, claramente más progresistas y trasatlánticos, a fin de aumentar las posibilidades de controlar los impulsos de una futura Casa Blanca McCain-Palin o, en un escenario más esperanzador, reforzar el potencial de una mayoría demócrata para llevar a cabo una transformación.

En los últimos años, los intercambios entre progresistas y liberales europeos y estadounidenses han sido bastante limitados, aunque la historia nos enseña que ambas partes se han beneficiado enormemente de la creatividad de sus intelectuales y activistas, así como de las experiencias de sus políticos y funcionarios.<sup>7</sup> Había, y todavía hay, una gran riqueza de talento que compartir.<sup>8</sup>

La década de 1980 ofrece algunas pistas sobre lo que podría aportar una convergencia renovada. En aquel entonces, los liberales y los progresistas estadounidenses se unieron a los socialdemócratas, los verdes, los demócratas liberales y los grupos cristianos progresistas en al menos dos cuestiones internacionales importantes como Centroamérica y el desarme nuclear para ofrecer alternativas al intervencionismo militar y al aventurerismo nuclear. Esta experiencia nos enseña que un vínculo trasatlántico más progresista debería basarse en una mayor modestia por parte de Estados Unidos. En Washington, el discurso oficial, incluso en algunos círculos liberales, y sin duda en la campaña de Obama, aún considera el «liderazgo estadounidense» como algo dado y habla de emplear ese poder de un modo más razonable y cortés, cuando las nuevas realidades exigen la aceptación por parte de la administración estadounidense de asociaciones reales entre (casi) iguales. Este escenario también requiere una intervención mucho más coherente y enérgica en el mundo por parte de la UE e implicaría asumir riesgos y llevar a cabo una transición desde la postura de «mayor donante del mundo» a la de actor real en la política exterior.

<sup>7</sup> Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings. Social Politics in a Progressive Age*, Harvard University Press, 1998.

<sup>8</sup> Para una demostración más histórica de estos lazos mutuamente beneficiosos, véase Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings. Social Politics in A Progressive Age*, Harvard University Press, 1998, 634 páginas.

Pocas veces ha sido más urgente la necesidad de un programa trasatlántico más progresista. La crisis financiera ha creado un electorado favorable al retorno hacia unas políticas económicas más estrictas, más inteligentes y socialmente conscientes. La urgencia de la crisis del cambio climático se ha visto realzada por una cascada de desastres apocalípticos (Katrina, Ike, etc.) que se han llevado por delante los irresponsables argumentos de la administración Bush a favor de la pasividad. El fiasco militar y las incertidumbres en Irak y Afganistán han mostrado los límites del uso de las armas como sustituto del pensamiento. Los disturbios en torno a los alimentos en algunos países pobres son un barómetro de una crisis que aumenta vertiginosamente.

Sin embargo, ¿existe un potencial electorado para una cooperación trasatlántica más progresista? El mapa político de Europa no es muy halagüeño. Muchos países europeos están gobernados por conservadores —Newsweek habla incluso de la «lisiada izquierda europea»<sup>9</sup>— y la Comisión Europea ha pasado de tener una filosofía socialdemócrata a la Jacques Delors al dogmatismo neoliberal de la presidencia de Barroso. En Estados Unidos, los parámetros del debate político están aún más a la derecha. Según los criterios europeos, Barack Obama es un centrista, mientras que el brusco desplazamiento a la derecha del Partido Republicano convierte a éste en un socio muy difícil para los europeos, incluso para los conservadores moderados. Muy pocos, salvo en círculos ultraconservadores o en los movimientos nacional-populistas de países ex comunistas, se vinculan fácilmente con las facciones evangélicas o «nación armada» del Partido Republicano. La candidatura de Sarah Palin ha sido acogida con asombro y perplejidad dentro de la corriente dominante conservadora o los círculos demócratacristianos moderados de Europa. Aunque se aferran a la discutible idea de que John McCain es un inconformista y ha prometido reforzar la alianza de la OTAN basándose en la confianza, el respeto y las consultas, temen que una futura administración republicana sea muy similar a los años de Bush.

La situación actual del mundo, simbolizada en concreto por los huracanes financieros que sacuden la economía internacional, no se puede permitir este escenario «cuatro años más». En relación con las cuestiones más fundamentales que afrontan tanto Europa como Estados Unidos, el progresismo es el nuevo nombre del realismo. Reducir el consumo y la dependencia de energía, como llevan reclamando desde hace años los progresistas, antes considerado un sueño utópico, ahora es la única opción realista. La política de «perforar perforar perforar» propuesta por la candidatura McCain-Palin no sólo es reaccionaria, sino también irresponsable.

Si los progresistas liberales han desarrollado alternativas que suenan realistas; los realistas, por su parte, quieren que se vea que actúan basándose en principios. El realismo ético, como definen Anatol Lieven y John Hulsman, es la nueva palabra de moda en los círculos conservadores responsables. «El realismo ético apunta hacia una estrategia internacional basada en la prudencia, la concentración en los resultados posibles más que en buenas intenciones; un estudio exhaustivo de la naturaleza, las opiniones y los intereses de otros Estados, y la voluntad de tenerlos en cuenta cuando sea posible.»<sup>10</sup> El mundo no tiene espacio y no tendrá paciencia para fanáticos estadounidenses a la Sarah Palin.

El alcance de los desafíos que afronta el mundo es tal que ya ha provocado realineamientos. Voces destacadas de la izquierda han decidido conceder a Barack Obama el beneficio de la duda en lugar de replegarse a los guetos de las candidaturas de un tercer partido y a los callejones sin salida. Los políticos moderados y los miembros de la clase dirigente de la política exterior hablan cada vez más como «liberales» y suplican que se aborden con seriedad las cuestiones del cambio climático, la desregulación económica o el excepcionalismo en derechos humanos.

<sup>9</sup> *Newsweek*, 22 de septiembre de 2008.

<sup>10</sup> Anatol Lieven & John Hulsman, *Ethical Realism. A Vision for America's Role in the World*, Pantheon Books, Nueva York, 2006.

Para los progresistas europeos, los desafíos tendrán enormes proporciones. La victoria de Obama podría ser un factor en el realineamiento de la izquierda: justo debajo de la superficie existe una socialdemocracia desorganizada batallando contra una «izquierda más dura» que resurge. Resentida por la Tercera Vía de Schroeder-Blair, una nueva generación de progresistas busca —por citar a Sunder Katwala, secretario general de la Sociedad Fabiana— «combinar la credibilidad en el gobierno y el idealismo», «fusionar tradiciones socialdemócratas, liberales y medioambientales para crear nuevos movimientos progresistas.»<sup>11</sup>

La victoria de Obama también beneficiaría a Europa en su conjunto. En la Casa Blanca, la UE encontraría una administración que podría ser mucho más receptiva a las ideas que, pese a todos los fallos en su implementación, sustentan la Política de Seguridad y Exterior Común europea: el respeto al derecho internacional, el multilateralismo y el apoyo a la ONU, un énfasis en el desarrollo humano y sostenible, y la incorporación de los derechos humanos en la corriente dominante. Aumentaría la posibilidad de que Europa y Estados Unidos se unieran para ayudar al mundo a hacer frente a uno de sus momentos más críticos mediante la creación de alianzas con países del Sur.

De hecho, a medida que estos círculos progresistas, tanto en Estados Unidos como en Europa, se abren al mundo y se hacen más conscientes de la necesidad de una globalización más equilibrada y justa, su creciente colaboración no se basaría en el supuesto que el Norte tiene privilegios ni en la arrogancia del Norte. Esto en sí mismo garantizaría que un vínculo trasatlántico progresista abordaría las crisis mundiales actuales, no desde el punto de vista de que constituyen una amenaza para el dominio europeo o estadounidense, sino de una forma que sirviera para someter a prueba para los valores europeos y estadounidenses.

«En nuestras manos tenemos el poder de comenzar todo el mundo de nuevo», es la famosa frase pronunciada por Thomas Paine en los albores de la Revolución Americana. Ronald Reagan secuestró la cita en 1981. Ahora es el momento de que los progresistas, tanto en Estados Unidos como en Europa, rindan homenaje a Tom Paine.

La alternativa no presagiaría nada bueno: Estados Unidos y Europa, gobernados por unos conservadores cortos de miras, indiferentes a la crisis medioambiental, que no dan importancia a la extrema pobreza en el Sur, que se aferran a sus privilegios y que tienen en sus manos el poder de enterrar al mundo...

---

<sup>11</sup>Sunder Katwala, "Why Europe's Left Can Rise Again", Newsweek, 22 de septiembre del 2008.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en [www.fride.org](http://www.fride.org)

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en [comments@fride.org](mailto:comments@fride.org)

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior  
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : [fride@fride.org](mailto:fride@fride.org)  
[www.fride.org](http://www.fride.org)